



Martes, 5 de septiembre de 2017

INTERVENCIÓN DEL PRESIDENTE DEL PRINCIPADO DE ASTURIAS, JAVIER FERNÁNDEZ

Acto de apertura de la XVIII edición de la Escuela Internacional de Verano *Manuel Fernández López 'Lito'*

Subida al tejado de la gran mansión, Jane Eyre contemplaba los campos, la extensión neblinosa e interminable de páramos y tierras que la rodeaba. A lo lejos, más allá de la línea del horizonte, estarían las ciudades, esos lugares bulliciosos donde la vida, contaban, se atropellaba a sí misma.

A ella le hubiera gustado conocerlos.

Jane Eyre, esa joven que anhelaba conocer la vida, es un personaje del pasado. Hoy se nos hace impensable, recluida entre paredes de piedra, aprisionada en ese delirio romántico que parecía la única ensoñación apropiada para la imaginación femenina.

Claro, diréis: Jane no es más que ficción, una creación literaria.

Tenéis razón, pero hagamos el ejercicio de pensar qué es más increíble. Si la protagonista pensada por Charlotte Brönte o una afirmación como la que sigue: “El esclavo no tiene voluntad; el niño la tiene, pero incompleta; la mujer la tiene, pero impotente”.

La frase es real y no la soltó un piernas, sino un tal Aristóteles. Esclavos, niños y mujeres, todos en el mismo saco de los seres inferiores.

También le podéis poner objeciones. Hace ya tantos siglos de la Grecia clásica. De nuevo volvéis a tener razón. Buscaré otro ejemplo. Inicio la cita.

“El hombre es torrencialmente egoísta; en cambio, la mujer casi siempre acepta una vida de sumisión, de servicio, de ofrenda abnegada a una tarea”.



Fin de la cita.

En este caso el autor es José Antonio Primo de Rivera. La pronunció en Don Benito en 1935. Aún no se ha cumplido el siglo.

También podéis protestar. ¡Ah, un fascista! Los fachas, ya se sabe, esos habitantes de la caverna.

Y entonces yo podría rescatar la archiconocida disparidad entre Victoria Kent y Concepción Arenal sobre el derecho al voto femenino. Recordad que los socialistas temían que las mujeres, empapadas en agua bendita, cautivas de las sacristías, se convirtiesen en el gran ejército de reserva de la derecha más reaccionaria.

No continúo con más ejemplos. Con lo anterior quiero subrayar dos cuestiones que no debemos perder de vista. La primera que el triunfo del discurso de la igualdad es una victoria de antes de ayer. Estamos ante una de las mayores revoluciones de la historia de la humanidad, pero una revolución inacabada y, segunda cuestión que recalco, la izquierda no siempre lo ha tenido claro. Cuando afirmo que es una revolución inacabada o incompleta me refiero a la amplísima geografía donde las mujeres continúan sometidas e incluso son mutiladas por su condición sexual. A propósito, ¿no deberíamos reflexionar sobre cuál ha de ser la actitud de la izquierda ante esta realidad? ¿El respeto a la diversidad cultural ha de imperar sobre la defensa de los derechos de las personas? ¿No somos algo pusilánimes en este punto? Pensémoslo.

Por supuesto, el adjetivo *incompleta* también se refiere a nuestra propia realidad. A la que vivimos en Asturias y en España.

Hace un mes, en la inauguración de la Feria Internacional de Muestras, recordaba los cambios en los datos de empleo de Asturias entre 1990 y 2017 y aludía también a las variaciones en su distribución sectorial. El Principado contaba a finales del pasado año con 25.000 empleos más, aún cuando la población entre 15 y 65 años había disminuido en 70.692 personas en ese periodo. Son números que revelan tanto la dinámica positiva de la actividad económica y el empleo a largo plazo como la constatación de un muy serio problema de envejecimiento que no conviene olvidar.

Sin embargo, y habitualmente no se le da la importancia que merece, quizás el factor diferencial más relevante en ese tiempo tenga que ver con la incorporación de las mujeres al mercado laboral.

En 1990 la ocupación femenina ascendía a 122.180 personas, el 33,84% del total. Un cuarto de siglo después son 189.000, 66.820 mujeres más. Si añadimos que en ese tiempo el sector primario, con una tradicionalmente elevada presencia femenina, ha experimentado una pérdida de ocupación de 43.475 personas, pasando del 15,78% al 3,5%



del empleo total, podremos hacernos una idea objetiva de la dimensión del fenómeno. Estamos ante una sociedad distinta, y no sólo laboralmente, porque la incorporación plena de la mujer al mercado de trabajo conlleva una muy diferente realidad vital.

Ulrich Beck sostenía que, especialmente en las últimas décadas, han tenido lugar cambios muy rápidos en el contexto de la vida de las mujeres; cambios que no se han producido de manera uniforme y lineal, sino con claros vaivenes de progreso y retroceso de los que se discierne una línea de movimiento general que va de “vivir para los demás” a “vivir la propia vida”. Pero, ¿cómo se produce ese paso de vivir para los demás a esa grande o pequeña expectativa de una vida propia?, ¿qué tendencias sociales propiciaron esto?, ¿cuáles lo empujaron todavía más allá?

Vuelvo a las reflexiones iniciales. Sería un ejercicio tan miserable como inútil no reconocer que el impulso primigenio del movimiento feminista tiene un marcado carácter liberal -burgués, dirían los socialistas de hace un siglo- cuando, como ocurría en el resto de Europa, el socialismo español anteponía la igualdad de clase a la igualdad de sexos, quizás porque entendía de prioridades y pensaba que no se podía alcanzar todo al mismo tiempo. Pero ese espíritu, ese individualismo liberal era el que informaba el pensamiento feminista de Virginia Woolf. Cuando al leer cómo Jane Eyre se subía al tejado para contemplar anhelante el horizonte, denunciaba la situación carencial y subordinada de Charlotte Brönte como novelista y como mujer, a la vez que se preguntaba cuánto no hubiera ganado su genio si no se hubiera consumido en visiones solitarias del campo inglés.

En aquel tiempo -que, insisto, es antes de ayer-, en España la burguesía se había construido un muro de ceguera para no ver la miseria que la rodeaba mientras la tradición católica más conservadora reservaba para la mujer el papel de madre abnegada o viuda sufriente que fabricaba hijos, bordaba sábanas o vestía santos. Quiero decir que todo fue más despacio y más difícil en España y que la ilusión pacífica que palpitaba aquel 14 de abril en la Puerta del Sol sólo buscaba, en palabras de García Montero, un país en el que fuera posible divorciarse, en el que las mujeres tuvieran derecho a votar y en el que un credo religioso no supusiera una obligación ni un delito. Pero los políticos republicanos, incluidos los socialistas, no se planteaban avanzar en los derechos específicos de las mujeres, y ya no digo en los de otros colectivos discriminados concretos. Todos sin excepción se hubieran escandalizado si alguien planteara siquiera el matrimonio homosexual aunque aquel día en aquella plaza estuviera Luis Cernuda, quien ese mismo año comenzó a escribir uno de los más hermosos libros de la vanguardia española, *Los placeres prohibidos*, en el que la dignidad de los homosexuales es inseparable de la dignidad de todos los hombres y todas las mujeres.

Hubo que esperar muchos años y a un gobierno socialista para que eso ocurriera, pero antes todo aquel proceso de homologación con las



democracias más avanzadas que promovía una igualdad formal aunque claramente insuficiente se quebró durante los cuarenta años de uno de los desiertos políticos más calcinadores de cuantos tuvo el siglo veinte. Había prometido no citar más ejemplos, pero resulta demasiado tentador recordar que el franquismo permitió al marido “el depósito de la mujer en casa honesta”: si tenía decidida la separación, el hombre podía dejar de forma provisional a la mujer “depositada” en el domicilio de sus padres o en un convento. Mujer y cosa eran sinónimos.

De ese desierto político y social salimos. Con la democracia llegó el reconocimiento jurídico de la igualdad y también la evidencia de que por sí solo no garantizaba el trato igualitario en la vida cotidiana. De ahí la convicción de que ni las mujeres ni la sociedad pueden conformarse con la oferta de libertad de elección individual tan del agrado de la política liberal y de que había que exigir algo más en forma de cambios legislativos, cambios en el mercado laboral y cambios en el funcionamiento de las instituciones públicas, algo más que unos derechos meramente iguales, algo más también en los principios básicos de la sociedad.

El socialismo ha sido, en gran medida, un movimiento impulsado por la voluntad de salir de un total dominio de los dueños de los medios de producción. Hoy está plenamente implicado en acabar con otras dependencias, una de ellas, la más determinante, la que se ejerce sobre las mujeres en forma de dominación.

En las tres últimas décadas se ha producido lo que Beck llama “la revolución silenciosa”, modificaciones fundamentales en la vida de las mujeres, tanto en la educación como en la familia y en el mercado laboral.

Porque los cambios en la educación, que fueron la fuerza explosiva de la transformación, su factor crucial, no se dan aisladamente, sino que coinciden históricamente con los otros dos (el familiar y el laboral) producidos en lo que puede considerarse una biografía femenina normal. Una biografía cada día más vinculada a una familia que evoluciona y se abre a formas diferentes al modelo convencional, porque excluye el matrimonio, es monoparental, los cónyuges son del mismo sexo... Son relaciones cada vez más electivas que representan lo que se ha dado en llamar la familia postfamiliar.

Cambios también en términos de oportunidades laborales que generan movilidad geográfica y social que les han proporcionado conciencia de autonomía personal. A diferencia de lo que sucedía con sus madres y abuelas, el matrimonio ya no es el camino de acceso a la seguridad económica y al estatus social.

Toda esa gran transformación se ha producido, ciertamente. Y, sin embargo, no hace falta recurrir a las estadísticas para saber que entre los hombres y las mujeres no se ha erradicado la desigualdad, que se



enfrentan a las mismas exigencias pero no tienen las mismas alternativas, que sus primeros pasos laborales, por contenido, organización y sueldo ni están concebidos para durar ni ofrecen un modo de vida seguro y un futuro fiable.

Por si esto fuera poco, la crisis económica ha agravado los riesgos de precarización y de desempleo aún más entre las mujeres y está impulsando estrategias en el ámbito individual que incluyen el empleo alternativo o el regreso involuntario a la vida familiar. Y es esa cada vez más tensa relación entre el proyecto vital y la posibilidad real de realizarlo lo que está generando la frustración, el desencanto y la inseguridad, consecuencias de “la feminización de la pobreza”, en palabras de Diana Pearce.

De ahí la necesidad de políticas públicas que reconozcan y afronten esta realidad y de que ese reconocimiento se deje sentir en las discriminaciones, las exclusiones y la invisibilidad. Se necesita hacerlo en una sociedad distinta, en la que ha perdido centralidad la clase obrera tradicional, en la que han aparecido los nuevos proletarios de los servicios, en la que se han perdido parte de los vínculos de solidaridad. En esa sociedad la pregunta es: ¿quién lo hará?

Yo no tengo dudas: solo pueden hacerlo las fuerzas políticas y sociales que lleven en su eje, en su centro y en su clave el combate contra la desigualdad. Digo que no tengo dudas sobre esa afirmación, pero al mismo tiempo me planteo unas cuantas preguntas incómodas: ¿creemos que el feminismo es sólo un apartado más, aunque sea muy importante, en esa lucha? ¿O, al contrario, pensamos que el feminismo conlleva tal potencial transformador que es en sí mismo una ideología, una cosmovisión que se impone a otras, mismamente a la socialdemocracia? O, por añadir otras preguntas más, ¿consideramos que el feminismo es patrimonio de la izquierda, podemos o debemos apropiárnoslo?

Tengo una cierta prevención ante la soberbia intelectual, especialmente cuando se trata de asuntos de semejante dimensión. Por eso considero un acierto que hayáis decidido que esta edición de la escuela de verano Manuel Fernández López *Lito* se dedique a reflexionar sobre la igualdad. Tenemos mucho que pensar sobre esto y hemos de hacerlo con perspectiva, con orgullo por lo que hemos sabido hacer, pero también con humildad porque nos queda muchísima tarea pendiente. Alerto contra la soberbia intelectual porque si siempreuviésemos razón, si en cada caso llegásemos a la solución definitiva, el arreglo estaría al alcance de la mano.

Me extiendo con estas cautelas porque debemos ser conscientes de que el avance por la igualdad requiere una implicación amplísima, involucrar hasta el último filamento de la sociedad. No basta con la letra de las leyes ni con la acción de las administraciones. O conseguimos esa impregnación, o logramos empapar de igualdad el mundo que vivimos o fracasaremos. Pensemos que la desigualdad tiene esa habilidad que



caracteriza a algunos insectos, capaces siempre de encontrar un rincón donde esconderse y multiplicarse por más que nos esforcemos en eliminarlos. En el mejor de los casos, conseguimos que sean invisibles, pero siguen ahí, ocultos y resistentes, formando sus colonias entre la mugre.

Con estas precauciones, conscientes de que nuestra contribución es parcial, puedo asegurar que Asturias tiene un gobierno implicado a fondo en la igualdad. Si hemos sido la primera comunidad autónoma en alcanzar un pacto contra la violencia sobre las mujeres no es por casualidad, sino porque los socialistas asturianos hemos hecho de las políticas de igualdad una de nuestras señas más distintivas de nuestra identidad como gobierno.

Pero convivimos con realidades difíciles, complejas. Pienso en la brecha salarial, por ejemplo. Aproximadamente, las diferencias retributivas entre hombres y mujeres se sitúan en el Principado en un 28% si nos referimos al salario bruto y en un 19,8% si consideramos la hora trabajada. Para hacer frente a esta discriminación hemos tomado iniciativas como la puesta en marcha de una ventanilla única contra la brecha salarial, un servicio que está ubicado en la sede del Instituto Asturiano de la Mujer al que se pueden plantear consultas y denuncias para que intervengan la Administración autonómica y la Inspección de Trabajo ante cualquier conducta que vulnere la normativa laboral.

Podríamos presumir. Y sin embargo hay que insistir en que todo es insuficiente. Los sindicatos, por ejemplo, tenéis una labor principalísima contra la discriminación salarial. Os pido que empujéis más, que asesoréis, que ayudéis porque este pulso, repito, no se gana sólo con papel oficial. Aquí hay que empeñarse a fondo para conseguir la equidad entre hombres y mujeres, involucrar más a los empresarios, llegar a todas las empresas en todos los sectores. Lo que yo os prometo es que este gobierno seguirá estando en primera línea, poniendo su iniciativa y su capacidad. Porque nosotros no queremos subirnos al tejado a imaginar qué habrá más allá del paisaje interminable de los campos; queremos construir y vivir la Asturias de la igualdad.

Declaro oficialmente inaugurada la 18ª Escuela Internacional de Verano Manuel Fernández López *Lito*.